
Tres poemas

MARK STRAND

Traducción de Elisa Ramirez Catañeda



LA HISTORIA DE LA POESÍA

Nuestros maestros se han ido, si regresaran
¿cuál de nosotros los escucharía, quién reconocería
el sonido corpóreo del cielo o el sonido celeste
del cuerpo, infinito y perecedero, que afinaron
nuestros días antes de despojar de su poder
a las estrellas giratorias? Ninguno de nosotros
sería la respuesta. ¿Y qué significa que miremos
las montañas bañadas por la luna y el pueblo con puertas silenciosas
y tinacos, y que deseemos elevar
un poco las voces, y a veces en el otoño tardío
cuando la tarde florece un momento sobre la cordillera del poniente
cuando imaginamos que los ángeles bajan corriendo por los escalones de aire frío
para desearnos bienes, si hemos perdido la voluntad
y no hacemos nada sino dormir, oyendo a medias
los suspiros de esta o aquella brisa soplar
sin dirección sobre las granjas desiertas
y los jardines abandonados? Estos días,
cuando despertamos, todo brilla bajo la misma luz azul
que momentos antes llenaba nuestros sueños
y no hacemos nada sino contar los árboles, las nubes
los pocos pájaros restantes; cuando decidimos
no ser demasiado duros con nosotros mismos,
que el pasado no fue mejor que el presente, ¿pues
acaso no ha existido siempre el enemigo
o acaso no estuvo siempre en ruinas la iglesia del mundo?

EL CLUB DE MEDIANOCHE

Los talentosos nos han dicho, durante años, que desean ser amados por lo que son, que en su plenitud, fuera cual fuera, son precederos en el crepúsculo, tal como nosotros. Y trabajan toda la noche en cuartos fríos, llenos de telarañas hechas de luz de luna; a veces, de día, se apoyan en sus coches y miran el valle ardiente, vidrioso y dorado, pero se sientan casi siempre, encorvados en la oscuridad, los pies en el suelo, las manos en la mesa, en las camisas una mancha de sangre sobre el corazón.

LEYENDO SIN MOVERSE DE SITIO

Imagina un poema que se inicia con una pareja que mira un valle, ve su casa, el prado de atrás con sus sillas de madera, sus trozos de verde sombreados, su cerca de madera, y más allá de la cerca el brillo ondulante de plata del estanque del lugar, su otro extremo enredado de mirto bermellón bajo la luz huidiza. Ahora imagina que alguien lee el poema y piensa: "No pensé que sería así", y lo mete en un libro, mientras la pareja descuidada, siente que nada se pierde, ni el blanco destello de la cola de un pájaro carpintero que captura su vista, ni la leve agitación de las hojas en el viento, distraen su mirada de la cúpula de madera de un cerro cercano donde el crepúsculo ya esparce su violeta. Pero el lector, que salió a dar un paseo en la noche de otoño, con todos los sonidos aprisionados de la naturaleza moribunda junto a él, olvida no sólo el poema, sino dónde está, y piensa en cambio en el opaco espejo veneciano del vestíbulo junto a una escalera circular, y en cómo las estrellas del espejo negro del cielo se hunden y el mar las apila en la playa como espuma. Tanto flota a la deriva en los cuartos siempre abiertos de otro lugar, no puede acordarse de quién era la casa, o cuándo estuvo allí. Imagina ahora que años más tarde se sienta bajo la lámpara y saca un libro del estante; el poema cae a su regazo. La pareja cruza un campo para llegar a la casa, todavía sienten que nada se ha perdido, que seguirán viviendo protegidos, encerrados en la atmósfera ambarina del crepúsculo. Pero cómo podría saberlo el lector, sobre todo ahora que mete nuevamente al libro el poema, sin verlo, al libro donde el poeta mira fijamente las estrellas y dice a la hoja en blanco: "¿Dónde, Cielo, dónde estoy?" ✽